

Segundo Premio Cuento

Categoría Socios (año 2000)

Autor: Dr. José Enrique de los Santos

Seudónimo: "1978"

¡Aguante, Rodríguez!

Al salir de la reunión miró solamente el camino empedrado, el portoncito que daba a la calle y la vereda hasta la parada de ómnibus. Las últimas noticias no podrían ser peores, y no dejaba de pensar en eso. Se detuvo debajo del farol, que escasamente iluminaba el lugar donde estaba parado y una zona descolorida de la fachada de la casa. Apenas lograba leer el cartel indicando las líneas de ómnibus que pasaban por allí. Había llovido todo el día, y algunos charcos se detenían olvidados en la calle. Empezaba a soplar un viento frío que sacudía los árboles hasta sus raíces, despedazando las nubes en lo alto.

Se despejaba un trozo de cielo plateado, y el sol se imponía desde el oeste antes de caer definitivamente.

Subió al ómnibus sin dejar de pensar en las noticias, y sobre todo, sin dejar de pensar en Joaquín, su único hijo. De la reunión, sólo le quedó suspendida del oído la voz nasal de alguien diciendo esa frase que encerraba mucho y nada: "Aguante, Rodríguez".

Miró por la ventanilla, oscurecía otra vez y amenazaba con llover nuevamente. Del otro lado, el sol apenas trasponía la suciedad de los vidrios. Se sintió como formando parte de un cuadro de Magritte, casi una pieza más en una escena aparentemente absurda, pero con resortes profundos de una lógica implacable. Como el detalle humano de una oscura metáfora inhumana. Observó al guarda, pero éste no lo miró y en cambio dirigió la atención hacia el conductor, que respondió la mirada sin palabras. El silencio se hizo tenso. Por eso, decidió bajar antes y caminar unas cuadras del lado en que no llovía ahora. Además, la caminata lo podría ayudar a ventilar los pulmones después de cuatro horas de reunión política, donde todos fumaban continuamente, y deliberaban estrategias interminables que los consumían.

Pensó en tomar algunas precauciones antes de llegar, como por ejemplo, dar dos vueltas a la manzana recostado a las paredes,

para no ser visto. O entrar directamente, porque lo ostensible es lo que menos llama la atención, y la gente suele no ver lo que le pasa por delante de la nariz. Optó por lo último y entró silbando al edificio, con paso deliberadamente lento y distraído.

El portero ni levantó la mirada del diario cuando subió los tres escalones y se deslizó sigilosamente en el apartamento número dos.

Al entrar lo ahogó el olor a humedad, pero pudo llegar hasta el sillón y derrumbarse sobre él para esperar a Pedro, que le traería noticias de Joaquín.

Encendió un cigarrillo y permaneció un rato mirando el techo, con esa sensación tan conocida de cuerpo extraño en la garganta y en la boca del estómago. Afuera, se confundían el día y la noche a medida que se arrastraba el tiempo, y la espera lo desquiciaba.

En la última media hora fumó tres cigarrillos. El cenicero rebosaba, y la habitación estaba saturada de humo y tensión.

Paseaba continuamente desde la puerta a la ventana que daba a la calle, desde ésta al baño y desde el baño nuevamente hasta la puerta de entrada. Un círculo infernal que lo obligaba a una repetición insensata pero inevitable, más bien destinada a postergar algo atroz inminente. Pedro había fijado el encuentro para las cinco de la tarde, pero eran las seis y media y no había regresado. ¿Le habría pasado algo a él también?

Dio otra vuelta en el infierno, quemando parte de sus últimas reservas. La espera de nueve meses lo había agotado, sobre todo en

los últimos días, porque sorpresivamente surgía una esperanza, una pequeña posibilidad, pero la única a la cual aferrarse. Y eso, paradójicamente, lo desgastaba mucho más: recomenzaba con más encono el forcejeo diario con la nada.

Pero podía devolverlo a la vida, o destruirlo con una noticia, y esa expectativa era enloquecedora. Se detuvo frente a la ventana, vaciló en mirar por ella, pero se decidió y apartó la cortina un milímetro. Recorrió la calle con el ojo izquierdo, para no asomar toda la cabeza. Una mujer salía del almacén con la bolsa de los mandados, un ciclista daba vuelta la esquina. Y dos niños aporreaaban una pelota contra la puerta del garaje. Nada anormal, ningún movimiento inquietante. En el quiosco, el Ñato terminó de acomodar los diarios de la tarde sobre el banco, y se colocó un montón debajo del brazo derecho, mientras levantaba un ejemplar abierto con la mano izquierda. Pese al frío invernal, andaba de remera y manga corta.

Rosado, corpulento, sonriente y saludando a todos los vecinos, era el centro de la escena en la ventana.

Ofrecía los diarios con una simpatía que impulsaba a comprar, sobre todo por acercarse a él y hablarle.

Además, vendía con convicción, haciendo creer que en esos diarios estaba y se podía descubrir toda la verdad, aunque él sabía que no era así. Charlaba con cada cliente un rato, después cruzaba al bar a tomarse un cortado o una grappa, y volvía al puesto en



Premio SMU (año 1999)

Tema libre. Obra: La luna. Autor: Sr. John Robert Thompson

un trajinar casi continuo, que llenaba la calle de vida y actividad. Además, identificaba notoriamente a todos los que pasaban por allí.

Un auto oscuro dio vuelta la esquina sigilosamente con las luces apagadas, se acercó a la acera y estacionó casi en el puesto del Ñato.

Alguien bajó la ventanilla a medias y con una mano le hizo señas de que se acercara. El Ñato muy serio vaciló unos segundos y se

acercó titubeante. Rodríguez percibió la palidez de su rostro desde la ventana, y tembló. Conocía el contenido de esos Ford Falcon sin matrícula. Alguien interrogaba desde el interior del auto, porque el Ñato asentía con la cabeza, luego sacó sus documentos y se los entregó a una mano gruesa, de dedos cortos y nudosos.

Después de un rato interminable, en que el Ñato permaneció petrificado en la vereda y Rodríguez detrás de la ventana, sin perder

detalle de lo que sucedía, bañado en sudor frío pese al calor de la habitación, la mano devolvió los documentos y el auto arrancó para perderse por el otro extremo de la calle.

A Rodríguez se le aflojó el cuerpo, y cayó nuevamente en el sofá, sin atreverse a mover las manos para encender otro cigarrillo.

Sonó el timbre, y se arrojó sobre la puerta. Pedro se quedó parado afuera con una sonrisa tristona. “Quedate tranquilo, Rodríguez, Joaquín apareció y vive. Lo tienen en el noveno”.

Segundo Premio Cuento

Categoría socios (año 1999)

Autor: Dr. Nadal Vallespir Valin
Seudónimo “Tikal”

Sus manos secas, sobrevivientes estériles de su cuerpo inmóvil, tantean morosamente, se detienen como si todavía dudaran, cuentan los cajones del mueble. La derecha abre, por fin, uno de ellos y luego se aquieta, soldada al pomo. La otra, animándose más, se introduce en la gaveta y saca el sobre abultado, a punto de estallar. Lo deja descansar sobre la mesa, con sus dos manos apoyadas en los bordes, como si quisiera calcular sus dimensiones y adivinar su contenido que, sin embargo, es incapaz ya de sorprenderlo. Sus dedos débiles, torpes, comienzan a extraer sin apresurarse, cuidándolo como si se tratara de algo frágil, el mazo de fotos.

Repite una vez más el obstinado ritual, siempre igual, acaso con alguna variante imperceptible, apenas tranquilizador, nunca definitivo. En cada nuevo aniversario se le vuelve a imponer con la misma fuerza, no desgastado por el tiempo ni por su monótona reiteración.

Las cartulinas, maltratadas por los años y la humedad de los dedos, han perpetuado, sobreponiéndose a las huellas y a la pátina, instantes efímeros inexorablemente perdidos pero fijados, recuperados paradójicamente, en esa atemporalidad revelada en blanco y negro.

Elisa, terca como es, era, igual a él como en tantas otras cosas, siempre se rehusó a exponer su cuerpo ante una película coloreada. “Los colores del alma son el blanco y el negro, los demás sólo adornan apariencias”, repite con una certeza que nadie se atreve a discutir. Arrogante, complacida por sus encantos, desde niña admite sin rubor los halagos, adornos desmedidos que

van construyendo su imagen. Los colores emanan de su sonrisa enigmática, del hechizo de su mirada, se fugan de los límites de su cuerpo fulgurante.

Las fotos, ya prolijamente dispuestas en una secuencia cronológica sin fallas sobre la mesa tapada por el polvo añejo, ordenan la memoria, evocan recuerdos, duelen recuerdos.

Si quisiera podría recordar con exactitud y sin esfuerzo las fechas anotadas en el dorso pero prefiere omitirlas. Agregar mayor precisión a las lejanas escenas sería devolverlas al tiempo y añadirles más dolor.

Elisa-beba-desnuda, recostada sobre el dorso, como era costumbre antes, hermosa como siempre fue, como es en su mente, en su cuerpo, afectados, tallados por sus recuerdos, casi físicos en su oquedad de ausencia. Con su engañosa ingenuidad, mantenida a través de todas sus peripecias, que lo atrajo desde que eran, son niños, desde que se conocieron se están conociendo ahora en aquel barrio calmo, con su historia neutra, sin sobresaltos, sólo agitado entonces por esporádicas travesuras infantiles. Con su placer no disimulado de exhibirse. No se avergüenza, ¿por qué habría de hacerlo?, de provocar todas las miradas. Evita que le sean esquivas, consigue que tropiecen con ella, que se detengan asombradas.

Los recuerdos transcurren, demorándose entre sus manos temblorosas, aislándose del tiempo, retornando a él, deformándose, ampliándose, uniéndose con otros, resonando en escenas olvidadas, sustituidos al fin por otra foto.

Elisa casi niña con su pollera corta arremolinada por la respiración de la primavera,

desnudando sus piernas perfectas. Cautivante, a la que nadie se puede resistir. Y lo elige a él entre todos, al menor, al más tímido, al que más la admira, al que ahora la está palpando –viendo– entre el llanto de sus manos sudorosas. Le acaricia su pelo, revuelto como siempre; sus dedos se entretienen con sus cabellos, se pierden entre ellos, avanzan, frotan suavemente el cuero cabelludo. Ella lo deja hacer, segura de sí, consiente en silencio, disfruta del calor que cosquillea en su cabeza, lo recompensa con un beso.

Va pasando por las fotos en que están juntos, unidos por sus manos ansiosas, ya adolescentes, con su casa de fondo. La casa que le perteneció a él, a sus padres, a su infancia tan diferente desde que descubrió a Elisa. A la que regresó con ella cuando quedó vacía. Recorre maravillado el cuerpo de mujer en que se convirtió aquella promesa del cuerpo de niña. Cautivo, expectante, temiendo una reacción de rechazo que lo aleje, que ponga fin a su exploración recién iniciada. Se va atreviendo más, lo atraen sus cabellos desordenados, su cara bronceada, irrespetuosa del sol ardiente del verano, aquel inolvidable verano en Atlántida, lo buscan sus senos firmes y discretos asomando bajo el suéter ajustado. Sus manos se detienen aquí respondiendo al llamado, se ahuecan para recibirlos, colmando su concavidad; luego descienden ávidas, lentas, deslizándose apenas, disfrutando parsimoniosas de la promisoriosa espera y encuentran finalmente la prolongación de las piernas por debajo de la pollera encubridora.

Elisa despeinada, su pelo oscuro formando parte del viento, caminando por la arena húmeda. Radiante, vital, seductora sin ne-

Retrato(s) de Elisa

cesidad de proponérselo, jugando entre las olas, arropándose con ellas, desapareciendo, volviendo a emerger como una Venus marina, como retornan y se ocultan sus recuerdos. Venus aterida que ya viene hacia la arena. Su cuerpo cobrizo tiritita, tratando de sacudirse el último frío, apoyada por un sol lánguido que aún reverbera en las gotas que resbalan por su piel y se pierde en sus irresistibles ojos verdes. Acude solícito, la cubre con la toalla, fracciona fuertemente su cuerpo, procurando que sus manos, atravesando casi el paño con paisaje azulado, sustituyan lo que resta del mar desvaneciéndose en él.

Prosigue recorriendo su memoria, titubeando, enumerando las fotos, hasta detenerse en una. Sonríe. Fue tomada sorpresivamente por Elisa. “El tiempo no es nada”, piensa. ¿Por qué extrañarse entonces si se ve todavía acomodando su ropa sobre el respaldo de la silla del dormitorio y alisando las sábanas antes de hacer el amor? Es una foto de los primeros tiempos, cuando ella aún se reía de su comportamiento, de sus manías inofensivas, con burlona ternura. Pero ahora mira, con ojos vacíos, su exasperación paulatina, su alejamiento, sus pretextos para evitarlo en la cama, su negativa final. Ahora, después de tantos años – “el tiempo no es nada pero llevamos la cuenta” –, definitivamente incapaz de despojarse de sus extravagancias junto con sus ropas siente, retiene entre sus manos memoriosas una porción de insatisfacción de Elisa.

Le es más difícil continuar. Hay un período sin fotos. Los recuerdos son más imprecisos, se escapan de sus manos al no estar capturados en imágenes. Aparecen de pronto, breves, fragmentarios, inciertos. No está en el aeropuerto, no quiere despedirlo. No es un exilio inevitable, forzado. Sí, tal vez, necesario. Cuando se lo dijo, parecía aliviada. Es menos doloroso así. Para los dos.

Su retrato está incompleto. Faltan fotos, memoria, Elisa. No sólo la que durante quince años lo invadió con la plenitud de su falta sino la que nunca llegó a conocer, la que siempre permaneció fuera de él, distante, misteriosa como un enigma sin solución o imposible de ser resuelto por él.

A su regreso, busca aquella de las fotos de beba desnuda, de niña provocativa, de adolescente seductora, a la de engañosa ingenuidad, la que no soporta más sus obsesiones, la beba, la niña, la adolescente, la mujer a quien sigue queriendo. La encuentra, la desconoce. Elisa igual, Elisa desconocida. Puede compararla con la de las fotos y reconocerla, no tener dudas, decir que es la misma. Pero por primera vez la desconoce, por primera vez su retrato le miente, le miente



Premio CASMU (año 2000)

Tema libre. Obra: Composición. Autor: Dr. Nabil Satut Faber

su mirada. Ya no logra discernir la imagen. Las escenas se mezclan, se superponen, se combinan en mil formas diferentes, como piezas de un caleidoscopio. Por primera vez se da cuenta que nunca la conoció.

Elisa se casó, tuvo hijos, se divorció, vivió, sufrió en esos quince años. Quince años fugitivos, que quedaron sin memoria fijada por ella, de ella, de su cuerpo, de su apariencia. Ahora que la encontró, que cree haberla encontrado, podrían volver a empezar lo que, en realidad, nunca fue. Accede a pasar un fin de semana en Atlántida, sólo eso, no quiere ilusionarlo.

La desea, desea penetrar en Elisa, saber de ella o, al menos, atisbar el contenido de su alma en blanco y negro, se distrae un instante, la busca en la profundidad de sus ojos, quiere verla a través de ellos, pero lo ciega ese verde impenetrable. Es la última mirada, la última oportunidad desaprovechada, el desencuentro irremediable. No ve al camión que surge, imprudente, por su derecha.

Sus manos, que han ido perdiendo la firmeza por los años, por los recuerdos y los olvidos desmenuzándose en sus nervios, en su sangre, no pueden sostener más la masa acromática de memoria y de culpa. Cuando intentan guardarla, compacta, en el sobre amarillento, la dejan deshacerse, partirse en cartones cuadrados, rectangulares, desparejos, que se van escurriendo entre sus dedos, planean durante un segundo en el aire espeso de la habitación y luego, acelerándose, caen desordenadamente, alfombrando el piso sin barrer. Su memoria yace allí, quebrada,

esparcida sin orden por un espacio insuficiente para albergar tanto tiempo conservado. Su memoria ya no ve. Es ahora –no antes, cuando produjo, sin quererlo, el accidente– que está fatalmente ciego. Desde un arrugado recorte de diario, foto postrera, recuerdo agónico, lo miran un Peugeot retorcido y los ojos sin vida de Elisa. Apenas reconocible, todavía atrapada entre los hierros mortales, ya sin reproches, paradójicamente en colores. Oscila en el borde de la mesa y cae, lenta, ominosa, sin mezclarse con las otras, diferente a todas. Su memoria, Elisa, él mismo, sobreviven desmembrados sobre el parque deslucido por los años y la tristeza.

Se despertó bruscamente al oír su nombre. Demoró todavía unos segundos en recuperar la realidad. El mismo, repetido sueño de sus últimos años insistía, obstinado, en su cabeza. Sólo difería en algún detalle, en alguna foto de más o de menos. Por fin saltó de la cama, se echó un abrigo sobre los hombros para protegerse del frío de la mañana y se dirigió al cuarto contiguo. Cuando iba a entrar, la voz –ahora imperiosa, sin súplica– la urgió:

–Elisa –enmudeciendo luego.

–Ya estoy acá –respondió esta vez Elisa, su retrato actual, simulando una devoción inexistente.

Encendió la luz y se acercó a la cama donde estaba tendido un hombre con la mirada vacía. Luego, como todas las mañanas, recogió las fotos desgranadas en el piso.